Historia de Amor

POEMA

leido en el Ateneo Sevillano

la noche del 15 de Julio de 1902



Precio: DOS REALES



HISTORIA
DE AMOR

POEMA

leído en el Ateneo Sevillano

la noche del 15 de Julio de 1902



SEVILLA

Imp. de El Mercantil, San Eloy 16.

1902

AL SEÑOR

D. Pablo Becerra y Pato

distinguido redactor de **El Correo** *y Director de los Asilos de San Bernardino.*

Su amigo de la infancia

Alfredo Campos Hidalgo.

Al Sr. D.
Joaquín Hazaña
y la Rúa.
Recuerdo de su afmo amigo
El autor

ADVERTENCIA

No es de mi gusto publicar versos, hoy que se dice que la forma poética esta llamada á desaparecer y *pasada de moda* (por más que esto último creo lo ha estado siempre cuando tampoco ha producido). Sin embargo, dado el fondo social de este poema, de que carecen por desgracia muchas obras de poetas muy traídos y llevados, no puedo resistirme á la tentación de publicarlo.

I.

Voy á contaros de un viaje la historia
que surge con imperio en mi memoria:
De la Ciudad Condal entusiasmado,
regresaba á Sevilla contristado;
á la gran pena mía, que emanaba
de dejar el lugar que me encantaba,
se unía el poderoso sentimiento
de no haber podido,
cual fuè mi pensamiento
y cual mi corazón hubo querido,
disfrutar del amor de esas mujeres
de formas portentosas,
más que mujeres, diosas,
que incitan á gozar de sus placeres,
dignas por su arrogancia y esplendores
de los de ayer hercúleos gladiadores.

II.

Recostado en mi coche, que aún parado
permanecía en la estación primera,
y aguardando el instante deseado
en que el tren en camino se pusiera,
con indolencia suma meditaba
sobre la población que abandonaba;
á mi mente surgían las grandezas
del pueblo que en trabajo hace proezas.
Sus fàbricas, sus villas, sus paseos,
sus construcciones todas son trofeos
con que quiere probar á los extraños,
que si hoy España llora
muy tristes desengaños,
para alentar con fundamento ahora
seguras y más firmes esperanzas
de tiempos de progreso y bienandanzas,
tiene un genial modelo que se ufana
en despuntar: la tierra catalana.

III.

Es Barcelona una ciudad tan bella,
que sin verla, al soñar, soñé con ella;
el arte con el gusto en maridaje,
el sol, el mar, el clima, el fèrtil suelo,
por doquiera embellecen el paraje
y hacen de ella un edén, algo del cielo.
Cada casa, en lo artística, es un templo
y en ella hay una diosa sin ejemplo.
Sus barrios, coquetones y rientes,

en lo apacibles, bellos y elegantes,
son de su madre espejos esplendentes,
capullos de tal flor, puros, fragantes.
El mar, que turbulento se destaca
desde el Monjuit famoso,
deshácese amoroso
èn espuma á su pie y allí se aplaca.
Y las altas montañas, dominando
los vastos panoramas deliciosos,
más que montes, parecen ser colosos
que el florón de la España están guardando.

IV.

El tren ya iba á arrancar y de improviso,
que subiese á mi coche el cielo quiso,
de un niño en compañía
que dos años cabales no tendría,
una joven de arrogante figura,
de formas cual de Milo la escultura,
elegante, finísima y tan bella,
que al ver tal criatura,
insolente clavé la vista en ella.
Ante esa aparición inesperada,
la idea á perturbar mi mente vino,
de si iría á alcanzar la dicha ansiada
ó sería un sarcasmo del destino.
Puesto ya el tren en marcha, que corría
desenfrenado y loco, cual lo hacía
mi pensamiento, que explorar quisiera
de una vez el enigma en la viajera,
el silencio romper creí podía

y atrayéndome al niño, que jugaba
á mi lado con gracia encantadora,
díjela, á la vez que le besaba
haciéndole auxiliar en mi plan diestro,
—Hermoso niño conducís, señora,
siendo imagen de vos, será hijo vuestro.
—No os engañásteis pues—dijo enseguida
sonriente y con gracia seductora
en habla castellana, aunque no pura,
y siendo mi deseo, que emprendida
aquella charla ya, no fuera vana,
la pregunté con voz algo insegura,
—¿Sois acaso, señora, catalana?
A esa pregunta, sospechando lista,
otra intención que la que yo tuviera,
me contestó ligera,
—Catalana, mas no *catalanista*
y mi pueblo natal es Barcelona.
—Sustentáis una idea que os abona
la dije entusiasmado,
el reducir la patria es un pecado
y una muy pobre idea el ensancharla,
¡eso sí que es fecundo!
¡La gran patria ideal, sería el mundo!
—¿Y vais lejos tal vez?—dije anhelante,
—Voy á Madrid—me contestó al instante.
—Pues bien, la dije yo, ya que el destino
se muestra para mí hoy tan amante
que por un tiempo largo
permite que me alegren el camino
un ángel y una diosa, yo os encargo,
que veáis de aliviar las penas mías

hablando, si gustáis, del pueblo hermoso
en el que pude estar sólo tres días
y en el cual moriría muy gozoso.
—¿Y vais muy lejos vos?—emocionada
me interrogó alzando la mirada.
—Si señora, argüí, vuelvo á Sevilla.
—Es el vuestro un país muy delicioso
y oiros así hablar me maravilla;
mitigad, mitigad vuestros dolores,
me probáis que es de España el más galante
el pueblo del amor y de las flores.

V.

Tras las frases aquellas, que llevaron
satisfacción á mi alma enamorada,
aun quedaba una duda despiadada
que con ella mis luchas continuaron.
Mientras ella leía,
ó al menos simulaba que lo hacía,
mi inquieto pensamiento
batallaba febril en su ardimiento:
sin dejar de mirarla,
como si en su semblante trasluciera
lo que saber quisiera,
pensaba en muchas cosas que mi mente
acogía ó rehusaba diligente.
Ignoraba yo aún, si aquella hermosa
era viuda ó casada,
si amaba con pasión y era ella amada,
ó por revés extraño,
imperaba en su alma el desengaño.

Pensaba yo estas cosas y otras muchas
mirando fijamente á la viajera,
cuando ví que dejando
con gran melancolía
el libro en que leyera,
su vista en mí clavando,
con sonrisa muy dulce me decía:
«Dos libros he traído
para pasar un viaje distraído,
y por mi gran desgracia,
me resultan los dos con poca gracia.»
Entonces yo, galante,
poniéndome de pie en el instante,
con intención impía
rebusqué entre los libros que traía,
diciendo al presentarla dos delante:
tratan de amor, de luchas, de placeres,
de injusta que es la ley con las mujeres...
de ellos autor soy y bien quisiera
que alguno, de los dos, la distrajera.
Los dos libros cogió con gran contento
y al ver que en la cubierta uno ostentaba
grabado mi retrato,
en él fijó sus ojos largo rato
cual si así no temiera
la sugestión de mi mirada artera,
diciendo conmovida,
—No olvidéis que os estoy agradecida.

VI.

Entre tanto, volaba

el tren, aun mejor dicho que corría,
y era tal movimiento el que llevaba,
y tal ruido el que hacía,
que más que a firme puerto, semejaba
que á fatal precipicio conducía.
Los ríos, las montañas, las praderas,
sin cesar á la vista desfilaban
y á intervalos también, villas enteras
á lo lejos pasaban, semejando
bellas palomas blancas y ligeras.
Nadie el monstruo de hierro así observando
y aquel estrépito infernal, diría
que en su seno el amor tan dulce y blando
las almas arrobaba y abstraía.

VII.

Mientras ella leía yo observaba
la impresión que aquel libro le causaba;
debía ser muy grande, pues si el niño,
buscando en ella mimos de cariño,
los bracitos la echaba,
dándole un beso al punto le alejaba
diciéndole *«anye! meo*
no me distraigas ahora que yo leo,»
y cuando algún pasaje
tal vez la convencía,
mirándome muy fija, me decía:
«¡qué razones tenéis tan convincentes!»
«¡que verdades tan claras y evidentes!»
Y es que en esta nación tan desgraciada,
tan pobre y atrasada,

se educa á la mujer en la mentira,
y aun la ley la retira
la ayuda que por débil mereciera;
la *Santa* Iglesia, echándola de austera,
no quiere que á su mente
pueda llegar la idea refulgente,
que hablando á su conciencia,
la dé albedrío y ciencia;
por eso, aquella hermosa,
ante lectura tal sugestionada,
sin levantar ya casi la mirada,
leía y releía muy gozosa.

VIII.

Cuando de leer al fin hubo acabado,
yo henchido de alegría,
gozoso sonreía,
de verla frente á mí trasfigurada;
en su hermoso semblante
había un no se qué, algo incitante,
mucho fuego y viveza en su mirada.
—Sois un buen pensador, me dijo al punto,
cogiendo un libro mío entre su mano,
¡cuán conocéis el corazón humano!
¡qué bien sabéis tratar cualquier asunto!
¿A qué negar á vos, que en esas obras
he visto soluciones ignoradas,
cosas que me interesan, aclaradas,
y deshechos sofismas y zozobras?
Aunque nos vemos hoy por vez primera,
después de que esos libros he leído,

me parecéis antiguo conocido
que mi confianza mereciese entera.
—Señora, contesté, si la fineza
conque ahora os expresáis mucho me agrada
ha de decirla mi alma emocionada,
que me agrada aún más vuestra franqueza.
Si encontrar en España es cosa rara
una mujer cual vos dulce y hermosa,
mucho más raro aún es otra cosa,
que no sea mojigata y sea clara.
—Merecéis mi franqueza y os prometo
que para con el hombre que ha sábido
hacer luz en mi espíritu afligido,
no he de tener ya ningún secreto.
Y mirándonos luego intensamente
bajo el peso de un mismo sentimiento,
cual si el uno del otro el pensamiento
quisiera sondear profundamente,
por las mismas ideas intimados,
sonreímos cual dos enamorados.

IX.

Es un día de tren con el viajero
lo mismo que tratarle un año entero;
lo mucho que se habla y que se mira,
la confianza que inspira
quien tiene buen aspecto y es sincero;
la relación estrecha que establece
lo que peligro ofrece,
el no ver de confianza más sèmblante
quel del que está delante,

que es más conocido
que el que después se haya aparecido;
lo juntos que se va, que hasta parece
que atracción se establece.... ;
la misma soledad, que predispone
y á conversar impone,
todo ello es suficiente
para relacionar íntimamente,
y si se trata de un joven y una bella....
¡el amor tiene algo de centella!

X.

Mas contento, después de lo pasado,
y ya muy decidido,
poniéndome muy cerca..., allí á su lado,
la dije con acento enternecido:
—¿Sufrís penas tal vez? noble señora,
quizás vuestro marido....
—A su lado, exclamó, me voy ahora
despuès de estar dos meses separada....
Como el seros muy franca he prometido,
añadió emocionada,
voy á cumplir al punto lo ofrecido.
Yo amaba á mi marido con ternura,
con ese frenesí con que adoramos,
que raya en la locura,
las mujeres que ciegas
á nuestro ideal nos entregamos;
¡fué mi primer amor y yo creía
que en él siempre dichosa viviría!
Me habían hecho creer, y yo inocente,

habíalo creído,
que el puro amor habido,
duraría un sin fin, eternamente;
que arrancando gozoso de este suelo,
marcharía á perderse allá en el cielo.
Me habían hecho creer, que el hombre
(amado
para mí nada más siempre sería
y lo mismo que yo á él enlazado
él enlazado á mí siempre estaría.
¡Todo así al corazón lo aseguraba!
Del ser amado el firme juramento,
la gran solemnidad del sacramento.
¡Así mi idealidad lo interpretaba
y así pasó algún tiempo el alma mía,
tiempo que creo hoy un sólo día!
Pero otro día vino, ¡qué horrible era!
y deshizo el engaño en que estuviera!
él mismo confesó su atroz pecado,
¡mejor hubiera sido haber negado!
Desde ese día, creedlo, no he vivido,
¡la ilusión en mí ha muerto!
Volveré hoy á reunirme á mi marido,
volverá él á decirme «ser querido,»
¡pero para él mi corazón va yerto!
¡y aún alabo el haberos conocido,
porque ese realismo en que he estudiado
algo grande en el alma me ha dejado!

XI.

Ante esa confesión noble y sincera,

tan tierna y tan sentida,
hecha por labios de rosada cera.
mi alma conmovida
no supo qué expresar, tan grande era
la impresión recibida.
Sarcástico el destino, ante mí puso.
tras formas tentadoras
(que al recordarlas hoy aún me conmuevo
sumiéndome en nostalgias soñadoras
corazón, rectitud, inteligencia;
reunido con las gracias seductoras
lo que admira y venera la conciencia;
al lado de lo que es más codiciable
aquello que es también más respetable,
al lado de lo fácil y posible
lo que es en lo social lo imposible,
y para colmo del cruel destino,
la mujer en virtud inexorable,
esa misma que así me subyugaba,
era la que á mí se abandonaba....
sin que ella en su llaneza comprendiera
que creyendo hacer bien, mi mal hiciera.

XII.

Repuesto ya de la impresión extraña
que aquella confesión me produjera
y dispuesto á seguir con tacto y maña
mi coloquio de amor con la viajera,
con voz imperceptible y angustiada,
la hablé de esta manera:
Nada voy á decir, que no os lo diga

mi semblante y mi voz acongojada,
para vos, que sois lista, es lo bastante;
el dolor que me hicísteis ¡oh! amiga
contándome esa historia,
ha sido tal, ha sido tan punzante,
que nunca ha de olvidarlo mi memoria.
Os he creído libre y sois *esclava*.....
¡Nunca he de llorar esto bastante!
Yo ví en vos la mujer de mis ensueños,
la que me cautivaba y me entendía....,
son inútiles ya esos empeños.
¡Cuánto al ser libre os hubiera amado!
y mostrando con mano tembladora
el sol, que ya al morir, desparecía,
al par que emocionado,
la dije con mirada brilladora:
el sol que veis ahora
símbolo es fiel de aquella ilusión mía.,.
las sombras de negrura le reemplazan. .
¡y qué hermoso lucía!
—No habléis así, me dijo, que me hiere...
Tras la noche sombría,
renace el bello día....
Siempre no acaba lo que creemos muere....
Tras las negruras de la sombra impía,
á veces el que ama, el que confía,
la dulce dicha espera....
y aun también, en la noche, que exaspera
encuentran los amantes alegría....
No existiendo la sombra, no, no fuera
tan bello y sonriente el claro día.

XIII.

Mirándonos los dos como se miran
los seres que si se aman más se admiran,
muellemente apoyados en el coche,
nos dispusimos á pasar la noche.
El niño, que por fin vencido al sueño
al lado de su madre descansaba,
al contemplarle así, me semejaba
á Cupido cansado de su empeño.
Conociendo mi amable compañera
lo que por mí pasaba
y sabiendo lo noble que yo era,
lo digno y delicado
y que jamás me habría propasado,
cada vez que me hablaba,
queriéndome sacar de aquel estado
tan triste y decaído,
animarme, sonriendo procuraba:
pero yo, en mi dolor y mi atonía,
siempre con reflexiones de tristeza
al punto la salía.
—¡Qué tumba más hermosa! una vez dije,
con gran melancolía,
después que un tunel largo hubo pasado
—¡Es demasiado grande! respondía.
—Acostaos, dormid, otra vez dije.
¡Velaré vuestro sueño!
—¿Y acaso vos creéis que dormiría?
me dijo, ¡vano empeño!
—¿Sabéis, dije más tarde, aquesta cosa?

—¿Qué es? dijo, mirándome curiosa.
—Que el destino en sus leyes inflexibles
tiene cosas, de extrañas ya, risibles.
Siendo soltero, á mí ¿quién me diría
que otra esposa y otro hijo cuidaría?
Y vos ¿cómo pensar, siendo casada,
que por hombre soltero íbais guardada?
—Eso os puede probar que lo imposible
puede, dijo, llegar á ser posible.

XIV.

Poco á poco el tiempo iba pasando
y mi estado también iba cambiando;
la situación, la hora, el pensamiento
y sus frases, volvieron mi ardimiento.
Acercándome á ella, extremecido,
la dije con acento convencido:
si de vuestro corazón salirse quiso
un hombre, que de vos es el marido,
otro hombre más fiel, libre y sumiso
el penetrar en él ha pretendido....
Me seducen sus penas, sus dolores,
el mágico poder de su hermosura,
el dulce resplandor de sus candores,
su talento, su gracia y donosura.
¿Podré en él penetrar? ¿acaso puede
un esposo impedirlo, una ley dura?
Su poder es muy poco, ¡aún excede
al de ellos el poder de la Natura!
El corazón que el ser lleva en su seno
es un santuario augusto, impenetrable.

Concedido por Dios sapiente y bueno
y en él sólo entrará el deseable.
Y ni aun su mismo dueño algunas veces
que alguien penetre en él puede impedirlo;
con el que sufre á vuestros pies con creces
¿habeis podido vos hoy conseguirlo?
¡Yo he entrado en ese corazón hermoso
sin pensarlo, es más, aun sin quererlo....
Vos misma habeis hecho que amoroso
y tierno, y loco ya, pudiera verlo....!
¡Oh! sí, yo he entrado en él y lo demuestran
vuestras manos ardientes que ahora beso....
vuestras dulces miradas que penetran
en mi alma y también vuestro embeleso....
—Me da miedo ... dejadme, me decía
al par que mis cabellos la rozaban
la frente y junto á mí se extremecía....
—Calmaos, contesté, luz de mi vida;
lo pactado, la ley, respetaremos,
lo quiere así el destino y ya enseguida
de vernos dejaremos.... .
De la cruel sociedad no temeremos
la pena por saltar sus leyes malas....
sin ver que injusta es, nos besaremos
de la luz en las alas....
Mas quiero me digáis, aquí al oído,
si en ese corazón tan noble y puro
donde ya no entrará su infiel marido
quedaré yo seguro....
Así, al confortar vuestros dolores
el peligro evitáis, grande, inminente,
del abismo infeliz de otros amores

que os manchasen la frente....
  Y si un día astuto vuestro esposo,
sospecha que otro amor y nada santo
os preocupa, y se agita receleso,
dejadle al desencanto.....
  Juzgándolo ficción de su conciencia,
no verá de seguro lo invisible,
lo que del alma es nítida esencia,
lo que es intangible ...
  Y si quiere el destino veleidoso
que da á la noche luz, negrura al día,
con nuestro triste amor ser generoso....
la sombra de hoy... ¡en luz se cambiaría!
  Eso dije y ella ya serena
me contestó con voz dulce y segura
que indicaba gran fuego y mucha pena:
Muy grande es mi color y mi amargura,
pero es más grande aún mi sentimiento
de no poder decir lo que quisiera,
de no poder probar lo que yo siento;
desde la hora en que os ví, no se si fuera
intuición ó atracción, pero algo habia,
que á mi me cautivó, de tal manera,
que en mi alma triste se hizo la alegría.
  Cuando os oí hablar, electrizada,
no supe bien lo que por mí corría,
sólo sé yo decir que alborozada
se agitaba convulsa el alma mía.....
  Tal fuerza irresistible yo he sentido
en el mágico timbre de su acento,
que os podría jurar no he conocido
quien me diera al hablar mayor contento.

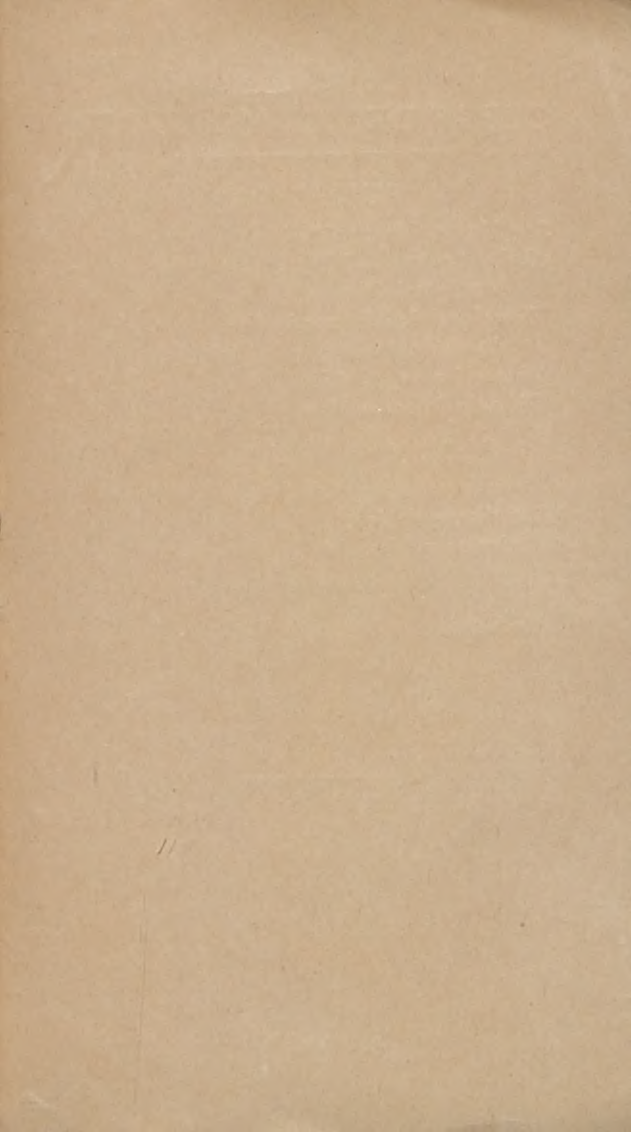
Lo mucho que valéis, dicho está todo
sabiendo cual sabéis lo que he sentido.
Lo que para mí sois os digo ahora
haciendo el más solemne juramento,
poniendo á Dios y á ese ángel por testigo,
que sois lo que embelesa y enamora,
que no os podré olvidar ningún momento,
que os quisiera llevar siempre conmigo....
Y si el dia dichoso no llegara
de volver á escuchar su dulce acento,
seguro que al morir lo recordara.
Vos me dísteis la vida al escucharos....
Mas me dejáis la muerte al alejaros.

XV.

Como es antiguo adagio
y el adagio verdad, yo me presagio,
que el tiempo, que se teme pronto llega,
el tren llegó á Madrid también muy pronto.
Y como la fortuna es loca ó ciega,
debiéndonos matar en el camino,
que llegáramos sanos le convino.
Con dolor de mi alma, despedime
de quien fué encanto mío y compañera
en viaje en que mi suerte mala fuera.
Acompañada de su *buen* marido,
á quien sentí haber yo conocido,
perdiose á poco, aquel angel divino,
del gentío en el raudo torbellino,
no sin que antes la hermosa me mirase
y el alma en su mirada me enviase.

Y triste y pensativo y cabizbajo
de Madrid á Sevilla el tren me trajo.
Muchos años pasaron de esta historia
según dice, en mal cuento, mi memoria,
sin que nada, hasta el día, haya sabido
de lo que de ese ángel haya sido.
Eso es lo que en contar yo tuve empeño
que hoy no sé si es verdad ó ha sido sueño.





OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

Sor María.(Poema filosôfico en verso libre.)
¿Quiéres casarte ..? Escucha. (Opúsculo sobre el matrimonio.)
Ventajas del matrimonio disoluble. (Segundo opúsculo sobre el matrimonio.)
Pensamientos filosóficos.
Historia de amor. (Poema.)

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE

Escenas relámpagos de la vida social.
Estudios sociológicos.
Articulos varios.

EN PREPAPACIÓN

Meditaciones sobre la Naturaleza.